

PAGINA MENORQUINA

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 6 de Julio de 1933

Núm. 530

AGRICULTURA MENORQUINA

111

El sistema de conducción de las fincas menorquinas participa de la conducción directa y de la arrendada. Por esto, aunque se le suele dar este nombre, se reconoce por todos los tratadistas que es una *aparcería típica y especial*, que es decir, mejorada, ya que constituye una verdadera sociedad agrícola-industrial, con dos socios, el capital y el trabajo se hallan en la mano y armonía y equidad en que tales asociaciones pueden formarse.

Tanto es así que don Julio Soler, don Pedro y otros escritores técnicos locales, la consideran superior a todo otro sistema. Nada reprobamos del señor Soler por insertarse desahogado en esta PÁGINA su obra sobre agricultura. En cambio copiaremos a continuación unos párrafos de don Pedro Mir, tomándolos de su conferencia dada en 1904 en la Extensión Universitaria de esta ciudad.

Después de consignar que el origen de nuestra *aparcería*—como dijo también el Sr. Soler—en haber dado algunos propietarios las fincas a sus hijos y parientes para el cultivo, por lo que al llegar los cesionarios a edad de retirarse el cultivo personal y pasar a vivir a las ciudades pequeños, añade:

«Este hecho por sí solo basta para demostrar el origen patriarcal de nuestro sistema de explotación agrícola; relaciones íntimas que deben ser parientes, fueron las que se establecieron entre propietarios y colonos; y verdaderamente para estos últimos fueron los contrarios entre unos y otros se estipularon.»

«Las ventajas sociales de la *aparcería* de Méjico sobre las demás formas de explotación agrícola conocidas hasta hoy (y no quiero prejuzgar que puedan ser las de mañana) son evidentes, y demuestran:

«Su historia, que nos dice que la *aparcería* establecida entre personas unidas por vínculos de sangre.»

«La necesidad que tiene el propietario de permanecer en el país y cuidar de sus fincas, si quiere que éstas produzcan. La costumbre de pasar temporadas en el campo, que hace que se establezca entre su familia y la de sus colonos verdaderas relaciones de amistad, que contribuyen a que muchas veces la *aparcería* de una finca se perpetúe en una familia de labradores durante varias generaciones.»

«Lo demuestra también el que un labrador pobre, por pobre que sea, si goza de buena reputación por su honradez y laboriosidad, encuentra propietario que le dé en *aparcería* una finca que acierte el capital necesario para la explotación, siendo bastante frecuente ver a países que en su juventud empezaron sin ningún capital, reanudar en su vejez a gozar de los ahorros conseguidos en la explotación de la finca y transmitir la *aparcería* a sus hijos.»

«Otra ventaja grande para los *aparceros* es la de repartirse con el propietario los productos de la finca, pues esto les libra de que puedan verse afectados por las malas cosechas, lo que sucede en el arriendo.»

«Las ventajas anunciadas serían mucho mayores si se dividieran más las fincas, a fin de que cada una sola familia para la explotación de una de ellas, no teniendo necesidad de acudir a hombres asalariados más que en casos muy excepcionales. De esta manera la mayor parte de los jornaleros del campo se convertirían en *aparceros*».

A estos buenos deseos hay que oponer dos dificultades de monta. Dividir una finca supone un capital de cuarenta a cincuenta pesetas en edificación de casa para el *aparcerero*, boyeras, pajarera, era, aguada, pajarera y demás accesorios para la finca segregada, muchos los precios de materiales y jornales de los jornaleros. Además, no todos los obreros del campo tienen capacidad y aptitudes para conducir una finca, no pudiendo pasar de jornaleros, como hay muchos, de albañil que nunca pueden llegar a *aparceros*.

Quiero reproducir los párrafos del se-

ñor Mir porque su opinión, de propietario experimentado y amante que fué toda su vida de la agricultura, confirma nuestras afirmaciones del artículo I y modo de apreciar el problema del cultivo menorquín, salvo las diferencias que quedan expuestas.

«La clase de jornaleros ha de existir siempre, fundada en las condiciones personales que clasifican naturalmente al obrero campesino como a cualquier otro. Las tendencias a igualarlos en absoluto son un absurdo, cuyos malos resultados se evidencian por sí mismos.»

«En el próximo artículo veremos los medios de beneficiar al jornalero sin perjudicar a nadie, porque todos los sistemas que consisten en hundir a una clase para mejorar a otra son tan funestos que a la postre redundan en daño de toda la sociedad.»

AGER

Un homenaje de los médicos franceses al español Orfila

Paris 15, 2 madrugada. (Crónica telefónica de nuestro redactor.) Bajo los auspicios del jefe del Estado, que presidió el acto, y con asistencia del ministro de Sanidad, la Asociación de Médicos del Sena ha celebrado en el anfiteatro de la Facultad de Medicina, con motivo de su primer centenario, un homenaje a su fundador, Mateo Orfila. La obra de nuestro compatriota, tan poco vulgarizada en España, ha sido recordada, no ya por la opinión científica francesa, sino por todos los órganos de información.

Nacido en Mahón, el 24 de abril de 1787, Orfila llegó a París a los veinte años de edad, después de haber cursado estudios en Valencia, Barcelona y Madrid. Cuatro años más tarde se doctoraba en la capital de París. Demostrando su especialidad en Química, y después de la Química, fué el análisis de los venenos la función que absorbió su curiosidad médica. Hasta tal punto, que sólo a partir de Orfila data la existencia de la toxicología. El puso, por lo menos, los primeros principios básicos de esta disciplina.

A los veintiocho años ingresó en la Academia

de Ciencias; en 1819 fué nombrado profesor titular de la cátedra de Medicina legal.

Catorce años más tarde funda la Asociación de Médicos del Sena, y, paralelamente a esta labor publica libros, crea el Jardín Botánico de Luxemburgo y el Museo Dupuytren. Insiste y premia y becas para estudiantes, etc.

Cuando murió, a los sesenta y seis años de edad, la Medicina perdió un cerebro y la Humanidad un bienhechor.

Orfila fué un intelectual que, sin mengua de su dignidad, adquirió nombradía callejera. Dicho está que no se deslizo en las Redacciones de los periódicos ni aduló a las muchedumbres, sino que se limitó a cumplir los imperativos de su actividad profesional. En el ejercicio de la cual intervino en varios procesos célebres. Uno de ellos, el de la bella madame Lafarge, y, gracias a su competencia en toxicología, con su aportación iluminó los sumarios con luz definitiva y verdadera.

Esta tarde, el mundo médico de Francia ha evocado, no solamente al sabio y al filántropo, sino al ciudadano ejemplar, Orfila no sirvió a ningún régimen político, y, sin embargo, es posible que sirviera a tres: el Imperio, la Monarquía y la República. Ningún cambio político le impidió seguir sirviendo a la nación.

(Da «A B C».)

DE AGRICULTURA

OPINIONES AUTORIZADAS

Del Director General de Agricultura señor Valera.—Presidiendo la «Asamblea de la Asociación General de Ganaderos» por delegación del Ministro de Agricultura, en Febrero último, dijo:

«La actividad de todos debe encaminarse a reajustar los recursos de la economía para el restablecimiento del principio del orden, que no es otra cosa que el respeto de la Ley. Cuando una clase social quiere implantar por sí misma sus reivindicaciones, no vive dentro de la Ley, sino en la anarquía.»

Y ocupándose de los alojamientos forzosos,

de los que se quiso por caciques y Casas del Pueblo hacer uso y abuso, añade:

«Las cosas que han ocurrido, quiere el Gobierno que no se perpetúen. Estos fenómenos de tipo social son transitorios. El problema de los alojamientos envuelve características que lo hacen condenable, porque viene a representar un impuesto, cuando sólo las Cortes tienen soberanía para imponerlos, y porque fomenta la tendencia a la vagancia.»

Estas palabras pronunciadas oficialmente por un personaje tan caracterizado y en momento tan solemne, aclaran y refuerzan la doctrina legal e imponen su respeto.

* *

Del Sr. Lerroux (en el discurso que pronunció el día 19 del mes anterior en el banquete del grupo marítimo del partido radical).—«Ahora mismo hay muchas cosechas en los campos que no pueden ser levantadas, y que no valdrán nada, y si no valen nada, los propietarios no podrán dar salarios, ni voluntaria ni forzosamente, a los trabajadores del campo. De modo que con esa política absurda que se está permitiendo realizar en las localidades, a lo que se va es a la hambre nacional, al caos. Por esto yo os decía que temo mucho más a la guerra civil que a la guerra internacional.»

También está bastante claro.

EL LAZARETO DE MAHÓN EN 1917

(Continuación)

El murete que limita esta terraza por el Sur tiene en el centro una escalera con peldaños de caliza compacta, estando, tanto el murete como la escalera, coronados por una balaustrada de tierra cocida.

Desde la terraza se divisa un hermoso y muy extenso panorama: la entrada del puerto, Villa Carlos y gran parte de la bahía y su costa S. hasta Mahón.

Próxima a esta hospedería, por el E., hízose una avenida con plantaciones de eucaliptus. El importe de estas obras, 24.912'16 ptas.

BIBLIOTECA DE «EL BIEN PÚBLICO» 137

pasado, el presente y tal vez el porvenir de Menorca, es lo que se observa desde los pórticos y terrazas de sus alquerías blanquísimas, con cuyo sosiego georgico, con cuya paz arcádica, desentona el lejano cruce de las escuadras italiana, francesa, inglesa—que guardan—¿guardan?—el equilibrio mediterráneo.

CEREZAS Y FLORES

Hay en Mahón una poética costumbre que los niños aprecian por el estímulo de su siempre despierta gula. No creo que a los mayores les llame la atención en otro concepto más que en el de proporcionar una alegría a los pequeñuelos. Si perdura, desde tiempo inmemorial, es debido a ser materia de un pequeño comercio, sostenido principalmente por las *plasseras* por algunas *madonas* de San Luis. Y sin embargo, es estimable desde otros puntos de vista.

Apenas mayo gentil trae las primeras cerezas, veréis en las tiendecitas de barrio y en algunos puestos de vendedoras del mercado los *ramells* de *ciereras* que atraen las miradas de los muchachos y de los visitantes extranjeros. En efecto; a unos por lo apetitoso de las rojas cerezas, más hermosas con el aderezo de las flores, y a otros por lo raro de esos ramilletes que en ningún otro país se ven, les invita a detenerse el espectáculo de unas cortas y delgadas cañas—o partes de caña, partida a lo largo—de treinta a treinta y cinco centímetros de

BIBLIOTECA DE «EL BIEN PÚBLICO» 138

una distinción para los ojos y una satisfacción para el espíritu.

Próximo está también en el rostro humano los tres sentidos cuyas relaciones desde el momento que se sitúan en la finca propia, dan lugar a la percepción de lo exterior, están en sus abstracciones a la percepción de lo interior, tan juntos como para tener impresiones de difícil separación. Una bella rosa nos muestra un colorido espléndido y su perfume también, un manjar apetitoso nos atrae tanto por la vista como por el olfato y nos retiene por el sabor. Vista, gusto y olfato se entrelazan de tal modo que parecen artísticos efectos se separan en nubes finas duraderas, en sutiles placeres espirituales, en imágenes efímeras, en groseros instantes corporales. Lo que está cercano por su presencia, está lejano a veces por su destino o su significación.

Esto es lo que les pasa a los empleados rurales de viveros, hincados como hincos trinitarios en los sacos o las espaldas, entre legumbres y hortalizas. Son como gotas de un perfume expuesto que caen del punto en que se guarda el sucto de una calle o al punto de una carretera. Con la explotación de sus flores y su fruto ahuyentan la voluntad del niño y la compasión del adulto, pasan a las manos de tantas tantas temporeras azoradas del placer de la adquisición, hacen un momento ante los dedos del instante y acaban su consorcio las cerezas, las flores, las cañas y el hilo. El símbolo primitivo ha desaparecido del fin y el cabo como los símbolos mítológicos. El perfume se ha evaporado. Se traza.

